

La reina Victoria Eugenia

Por MARINO



La princesa Ena, con sus padres y la reina Victoria de Inglaterra.

«Nuestro cuestionario no consta, realmente, de una batería de preguntas, sino de algunas notas recordatorias, y así lo manifiesto a su majestad. —Los historiadores comentan el nacimiento de vuestra majestad, en Balmoral, como un acontecimiento excepcional, ya que desde el siglo XVI no había nacido en Escocia ningún otro miembro de la familia real de Inglaterra.

—Sí, es cierto. Nací en Balmoral porque allí estaba la Corte en aquel momento, 24 de octubre de 1887.»



En brazos de su padre.

«Le pregunto a la reina cómo transcurrió su niñez en Inglaterra, a fin de que nos dé un apunte rápido del ambiente que ha conocido.

—Pues era una Corte, ¿verdad? No era una casa privada donde yo me educé. Tuvimos nuestra «nurse» cuando éramos pequeños, y después una institutriz francesa; alemana, luego, y al final, inglesa. Era una vida muy sencilla y muy agradable. Almorzábamos siempre con mi abuela, desde los seis años y medio.»



«La niñez, junto a la reina Victoria de Inglaterra, ¿ha influido mucho en la personalidad de vuestra majestad?

—¡No; no enormemente! Pero, desde luego, algunas cosas me ha inculcado. Disciplina, sobre todo. Eso, puntualidad, no hablar hasta que no le hablen a uno. ¡Uf!, muchas cosas. Porque ella tenía una teoría respecto a los pequeños. Decía: «Hay que ver a los chicos; pero no oírlos.» Así que aprendimos mucha disciplina, y por eso no éramos mal educados, no.»

Día 10.

Sobre las siete y media de la tarde llegan sus majestades a La Granja en automóvil, acompañados por el príncipe Mauricio de Battenberg.

A las puertas de Palacio aguardaba un inmenso gentío, en su mayoría parte de la colonia veraniega, que aclamó a sus majestades. Era tal el entusiasmo y el

cariño, que estallaba en vítores, que los reyes se asomaron a los balcones para corresponder al pueblo, saludando con la mano, sonrientes.

Día 16.

Aunque los reyes son, al fin, dos muchachos jóvenes y enamorados, que desean divertirse a su modo. Por eso, esta mañana se saltan a la torera la etiqueta palatina y el séquito habitual, para salir solos a pasear por las calles del pueblo.

(1) Edición Afrodisio Aguado, S. A. Madrid, 1964. 310 páginas, 100 ilustraciones.



Los novios, en Biarritz.

«—¿A qué fue debido que el rey no comunicase oficialmente el compromiso con vuestra majestad, después de su viaje a Londres?

—Su madre le dijo: «Insisto en que veas a todas las otras princesas de la Corte de Alemania y de la Corte de Austria.» El rey obedeció y, cuando volvió a Madrid, aseguró que seguía pensando igual, que yo le había gustado. Fue cuando escribió al rey Eduardo y a mi madre. ¿Comprendido?...

El 16 de enero, la princesa Ena sale de París, acompañada de su madre, con dirección a Biarritz, donde permanecerán algún tiempo en casa de la princesa de Hannover.

El rey hace su entrada en Villa Mouriscot y es recibido, al pie de la escalera, por la princesa Federica de Hannover. La conversación es breve, los minutos necesarios para que don Alfonso pida a la princesa Beatriz la mano de su hija, que le fue concedida «como madre y con autorización de Eduardo VII.»

Luna de miel en La Granja.

«Los reyes salen para La Granja. Nosotros, cronistas fieles, vamos a dar el calendario de la estancia de los jóvenes monarcas en el Real Sitio durante su luna de miel, detallando minuciosamente su vida:



«—Los minutos pasaban —dice un testigo presencial—. La impaciencia era visible en su majestad. Benalúa se acercaba al trono llamado por el rey; salía a la puerta, volvía al lado de don Alfonso y nuevamente su majestad miraba el reloj.

—En resumen, señora, que el rey estaba visiblemente impaciente; porque hay que decir la verdad: vuestra majestad llegó a la iglesia de San Jerónimo con treinta minutos de retraso.

—¡Moret fue quien se retrasó en ir a recogerme! Por eso llegué yo tarde. El nerviosismo del rey es muy explicable, porque había recibido ya un anónimo con la fotografía de Morral, diciéndole que iban a tratar de evitar que esa boda tuviese lugar, o matándome a mí o a él. ¿Comprendéis?... Por eso estaba aterrado cuando vio



de cerca

GOMEZ SANTOS (1)



Los reyes salen de San Jerónimo.

que me retrasaba en llegar, y por eso llamaba al grande de servicio, que era Benalúa, para ver si llegaba mi coche.

—Ignoraba que el rey hubiese recibido un anónimo con la fotografía de Morral.

Doña Victoria, en tono confidencial, agrega: —La reina Cristina también recibió el mismo anónimo.

—Es curioso, señora!... ¡Ningún biógrafo da cuenta de este detalle.

—Pues es cierto. Entonces, antes de salir de palacio, el rey le dijo a su madre: «Proteja, proteja a mi novia.» La reina le contestó: «Te lo prometo.»

Se queda un momento en silencio la reina, pensativa. Luego agrega:

—¡Horrible!... ¡Fue horrible!...



La reina con el duque de Alba, jefe de su casa, y la señora viuda de Rich.

«Desde hace muchos años ya, la reina Victoria reside en esta apacible villa de Lausanne. El pasado, que suele ser un panorama melancólico para los seres humanos, no ha dejado huella de amargura en su espíritu. Las personas que viven cerca de la augusta señora conocen su grandeza de alma.»

—Yo era bastante tonta para las lenguas. Hablaba corrientemente el francés y el alemán. ¡No tiene idea la soledad de alma tan terrible que es el no entender una lengua!... ¡Es como estar sola en un desierto! Así, yo me tomaba el trabajo de aprender. A los que entendían mejor era al rey y a la infanta María Teresa, porque hablaban el puro castellano, con la verdad. El infante don Carlos, el infante don Fernando y la reina pronunciaban la «r» un poco difuminada.

—¿Recuerda vuestra majestad cuánto duró el aprendizaje?

—Se puede decir que tardé seis meses para entender una conversación, y año y medio para lanzarme a conversar. Aprendí mucho hablando, sobre todo, con los criados de palacio.



Despedida en Galapagar.

—¿A qué personas recuerda vuestra majestad entre las que acudieron a El Escorial? —preguntamos a doña Victoria.

—Estaban Romanones y algunas personas más. A mucha gente que quería seguirme, yo les dije, insistentemente, junto a aquella peña de Galapagar: «¡Es mejor que se vayan, porque no sabemos en qué estado encontraremos la estación!»

—¿Acudió a despedir a vuestra majestad, como se ha dicho, Pilar Primo de Rivera?

—Sí.

—¿Y José Antonio?

—Sí. Vinieron a decirme adiós.

Testigos presenciales dicen que la reina, al ver a los hijos del general Primo de Rivera se dirigió a ellos diciéndoles, al tiempo que sollozaba:

—De haber vivido vuestro padre no hubiera pasado esto.